

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FILOSOFIA

Y

LETRAS

*REVISTA DE LA FACULTAD
DE FILOSOFIA Y LETRAS*

10

ABRIL-JUNIO

1943

IMPRESA UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

H. señor Rector:

LIC. RODOLFO BRITO FOUCHER

H. señor Secretario General:

LIC. ALFONSO NORIEGA, JR.

H. señor Oficial Mayor:

LIC. ALFONSO PEDRERO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

H. señor Director Honorario:

DR. ANTONIO CASO

H. señor Director:

DR. JULIO JIMÉNEZ RUEDA

FILOSOFIA Y LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE
FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA
UNIVERSIDAD N. DE MÉXICO.

PUBLICACION TRIMESTRAL

DIRECTOR:

Eduardo García Máynez.

Correspondencia y canje a Ribera de San Cosme 71.
México, D. F.

Subscripción:

Anual (4 números)

En el país..... \$7.00

Exterior..... dls. 2.00

Número suelto..... \$2.00

Número atrasado..... \$3.00

Sumario

FILOSOFIA		Págs.
José Gaos	<i>Galileo a los tres siglos. (Conclusión.)</i>	181
Eduardo Nicol	<i>Psicología científica y psicología situacional.</i>	195
LETRAS		
José Carner	<i>La España de Pérez Galdós. (Conclusión.)</i>	215
Enrique Díez-Canedo	<i>Galdós y el Teatro.</i>	223
HISTORIA		
Mario Mariscal	<i>Un motín estudiantil motivado por la declaración de la Independencia de México.</i>	239
Agustín Millares Carlo	<i>Más datos sobre el Apóstol del Brasil.</i>	245
Jesusa Alfau de Solalinde	<i>El niño en la España del siglo XIII.</i>	251
U. von Wilamowitz Möllendorff	<i>El desenvolvimiento del Espíritu Helénico. (Conclusión.)</i>	263

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

Págs.

Filosofía

José Fuentes Mares.	<i>Teoría del Derecho.</i> (Edgar Bodenheimer.)	283
Eduardo García Máynez.	<i>El positivismo en México.</i> (Leopoldo Zea.)	286

Letras

Ferrán de Pol.	<i>Refranero Clásico.</i> (Juan Suñé Benages.)	293
José Luis Martínez.	<i>La soledad en la poesía española.</i> (Karl Vossler.)	294
Agustín Millares Carlo.	<i>Espejo de paciencia.</i> (Silvestre de Balboa.)	291

Historia

Ferrán de Pol.	<i>Doña Marina, la Dama de la Conquista.</i> (Federico Gómez de Orozco.)	299
Rafael Heliodoro Valle.	<i>Ensayos, Ideas y Retratos.</i> (José María Luis Mora.)	301
Noticias.		305
Publicaciones recibidas.		307
Índices del tomo V.		317

Psicología Científica y Psicología Situacional

Al Prof. Francisco Romero.

Todo el mundo sabe que el siglo XIX termina en 1914. La paz del siglo, que ocupa su último tercio, logra invadir algunos años del XX. El mundo occidental parecía entonces resistirse a abandonar la comodidad de sus formas sociales, políticas, económicas, intelectuales, tan bien asentadas y acreditadas. Todo estaba en su sitio y no pasaba nada. Pero este mundo en el que no había novedad, y que por eso resultaba confortable, llevaba en sí el germen de la tragedia que luego estalló. Sólo que de la presencia inquietante de ese germen sólo unos pocos eran conscientes. Hubo algunos hombres que vivieron desesperadamente aquellos días en que todo lo que ocurría era lo esperado; en que todo lo que estaba por venir era lo ya previsto.

El espíritu del hombre descansa cuando el futuro no le amenaza con lo desconocido. Pues el hombre no teme a nada tanto como a lo nuevo, a lo inesperado. Las épocas de paz son, por esto, épocas de reposo, de tregua del temor de vivir. Pero tal vez ocurra, por esto también, que en la medida en que el descanso se prolonga, disminuye la intensidad de la vida. La del hombre es esencialmente, en una de sus radicales dimensiones, esa atención al futuro, por la cual se mantiene su disponibilidad. Cuando esa disposición atencional se relaja, disminuye la capacidad de futuro. Disminuye la vida misma, porque llegamos a no ser capaces de vivir sino lo que ya hemos vivido antes, o lo que ya otros vivieron antes por nosotros una primera vez. Y así, cuando lo que viene no es lo esperado, ello nos deja desazonados e inermes. La comodidad que nos aporta lo ya vivido llega a suprimir nuestra capacidad misma de vivir

auténticamente. Podrá ser que en medio de las comunes experiencias confortantes nazca en nosotros la ilusión de que hemos logrado un paraíso en este mundo; pero en realidad sólo hemos logrado perderlo, si el riesgo de perdernos adelanta.

Hubo, pues, algunos hombres que, en medio del paraíso perdido que fué el mundo occidental a fines del XIX y principios del XX, sintieron esa pérdida, vivieron su ausencia dolorosamente, y por ello mantuvieron la capacidad de atención al futuro, la disponibilidad para la vida. Fueron hombres. Hombres jóvenes, pues la disponibilidad es rasgo peculiar de adolescencia. Su juvenil inconformidad contra aquel falso paraíso inspiró la máxima de vivir peligrosamente, que mal interpretaron todos los aburridos. La angustia de aquellos hombres fué tanto mayor cuanto más seguras y endurecidas parecían las formas de vida. Y sería revelador averiguar por qué hubo, en esta actitud suya, animosidad contra la mujer. Para todos la mujer fué problema. En unos, el problema fué latente, y su existencia se descubre justamente en la ausencia de la mujer, que no ha sido todavía en ellos interpretada como signo. En otros, el problema estalla como una presencia obsesionante. Son "los enemigos de la mujer". Podría citar a otros: me basta con Nietzsche, y Unamuno, y Rilke, y James Joyce, y este inquietante psicólogo que fué Weininger. No importa que unos sean pensadores y otros artistas. La significación que tienen en este punto les es común a todos. Más bien diría que no es casual que sean artistas y filósofos quienes vivan esta situación de angustia suprema en medio de la paz ajena, quienes desarrollen excepcionalmente y con anticipación esta lucha que luego será la de todos.

En Nietzsche y en Unamuno *está* la ausencia de la mujer. Rilke y Joyce son los que huyen de ella. Sobre todo Rilke: su vida toda es una fuga. Weininger no tuvo el valor de vivir fugándose, y se mató para abreviar su fuga. Su mismo gran libro es una evasión.¹ Pero una evasión afirmativa. Díjose ahí todo lo que había que decir. Todos estos hombres dijeron lo que había que decir.

Su problema es el problema del hombre (del ser humano, quiero decir). Esta lucha que hoy es la de todos, es la lucha por la condición humana. Se trata de saber sobre nosotros mismos. Este afán de saber es

¹ Otto Weininger, *Sexo y Carácter*. Traducción de Felipe Jiménez de Asúa. Prólogo de Francisco Romero. Losada, Buenos Aires, 1942.

siempre un afán de ser. Weininger quiso ser, y tuvo la genial visión de que, para ese saber, la Psicología era instrumento adecuado. La Psicología es un saber del hombre: este es el mensaje que (en otros términos, pues éstos son míos) trajo *Sexo y Carácter*. Sólo le faltó añadir que toda Psicología descansa en una peculiar idea del hombre, y que siendo esta idea histórica, lo es también la Psicología.

Con su obra, Weininger dió un paso en el camino que Dilthey señaló a la Psicología, y que casi nadie más ha seguido hasta nuestros días. Pero es que Weininger había entendido bien el mensaje de Dilthey. Nadie entonces hacia caso de Dilthey, y a Weininger lo leyeron mucho los profanos, atraídos como siempre morbosamente por la escabrosidad del tema, sugestionados y frívolamente escandalizados por la extremidad de sus afirmaciones; pero no las gentes de mente clara. O tal vez ocurrió que no era tiempo todavía para que la Psicología misma reconociera, cuando empezaba a lograr sus objetivos previstos, el grave error de su principio.

Entretanto, la Filosofía sí recogía el mensaje. La Filosofía de hoy aspira a lograr ese saber del hombre. Y creo que vamos a pasar algún tiempo antes de que consigamos distinguir con claridad y precisión, si ello es posible, qué corresponde a la Filosofía y qué a la Psicología asentada en bases filosóficas, como la quería ya Weininger, en esta misión de conocer al hombre. Eludí en otras ocasiones tratar esta cuestión directamente. No porque no la tuviera presente, y creo que vamos a tenerla presente aún más. Pero lo que me urge es insistir en la afirmación, hasta cierto punto alarmante, del fundamental error de la Psicología moderna.

Sí hubo error, porque en el fondo la Psicología en plan científico se propuso también alcanzar un saber del hombre y fracasó en este intento; y porque ella descansa también en una cierta idea del hombre, que más o menos subrepticamente se introdujo en sus cimientos, y esta idea es errónea. Que iba a fracasar, que estaba fracasando, lo vió Weininger, quien escribía —no lo olvidemos— en los días de Mach y Avenarius y Wundt y William James. Y que fuera este último quien le parecía el mejor orientado de todos, no deja de ser significativo. Pues bien; en esos días lo que dijo Weininger, y nadie le hizo caso, de los que debían, es esto:

“Ninguna ciencia cae tan rápidamente como la psicología en cuanto no es filosófica. Su emancipación de la filosofía es la verdadera causa de

la decadencia de la psicología. *La doctrina de las percepciones de los sentidos no tiene ninguna relación directa con la psicología.* La psicología moderna progresando en una dirección opuesta a la que debería conducirla a su fin, *no llegará jamás* a resolver aquellos problemas que se han considerado como eminentemente psicológicos, es decir, el análisis del homicidio, de la amistad, de la soledad, etc. En consecuencia, debería tenderse en primer término hacia una *psicología psicológica*" (pág. 115; los subrayados son del autor). Weininger vió también que esta auténtica Psicología conduce a una caracterología, que él califica de ambiciosa, porque "pretende ser algo más que una psicología de las diferencias individuales", y porque "aspira a ofrecer algo más que un resumen de las reacciones motoras y sensoriales del individuo y, en consecuencia, su nivel no debe hallarse por debajo del de las restantes investigaciones experimentales psicológicas modernas, como si se tratara simplemente de una especial combinación de física aplicada y de estadística de seminario. Espera de este modo mantenerse en íntimo contacto con la rica realidad del alma, cuyo completo olvido puede ser explicado por el dominio de la psicología 'de la palanca y del tornillo', y no teme tener que contentarse con satisfacer las aspiraciones del estudiante de psicología, sediento de interpretaciones acerca de sí mismo, mediante el aprendizaje de palabras monosilábicas o con la determinación de la influencia de las pequeñas dosis de café sobre la facultad de sumar" (página 114). Y añade después: "Lamentable testimonio de la insuficiencia de los trabajos psicológicos modernos es que existan estudiosos caracterizados que, descontentos de la moderna e impotente psicología... lleguen al convencimiento de que problemas como el del heroísmo, el del sacrificio de la propia vida, el de la locura o el de la delincuencia son mejor comprendidos por los artistas."

Lo más curioso es que esta Psicología que él proyecta, Weininger la da ya por establecida; tal es para él la evidencia de su principio. Pero hubiera sido grave la sorpresa de este joven, tan maduramente inquietado por los problemas psicológicos, si el exceso mismo de la inquietud no hubiese truncado su vida a los veintitrés años. En los siguientes habría podido ver cómo nadie se conformaba siquiera a considerar como psicológicos aquellos problemas *demasiado humanos*.

Todavía en nuestros días prosigue su marcha, aunque ya muy evolucionada y corregida, esa Psicología "de la palanca y el tornillo". Sin embargo, su misma evolución, la dimensión y el peso tan considerables que han

alcanzado los trabajos experimentales plantean hoy un problema nuevo, que no pudo aparecer a principios de siglo. Es el problema de su legitimidad y su sentido. Este enorme volumen de conocimientos, llamados con razón o sin ella psicológicos, infunde ya respeto. Este es un hecho. La cuestión del fundamental error de la Psicología es por ello tanto más inquietante, y no puede ser resuelta frívolamente con unas simples fórmulas negativas. ¿Cómo pudo, en efecto, el ingenio humano, guiado por un afán científico riguroso, errar su camino en forma tan radical y difusa a la vez? Este es el nuevo problema. El otro ya lo conocemos: ¿cómo hacer, auténticamente, Psicología?

Si nos aproximamos con respeto y probidad a esto que desde ahora podemos seguir llamando la Psicología en plan científico, tal vez caigamos rápidamente en la cuenta de que su existencia misma prueba su legitimidad. Al decir que hay error en su principio no negamos que ella constituya un saber legítimo y auténtico. Lo que venimos a negar es que este sea un *saber del hombre*. Porque el error, causa de ese fracaso del que ella misma no alcanza a tener plena conciencia, reside en no haber querido ser una ciencia natural como las demás, sino en haber pretendido que esa fuera la ciencia del hombre. Esto ha ocurrido así: *primo*, admitió y proclamó ese error según el cual sólo el saber científico es un saber riguroso. Como consecuencia, mantuvo el principio de que ella, esa Psicología científica, era la única legítima y posible. En otros términos: se ha sostenido que, desde los tiempos de Herbart y Weber y Fechner, no cabía otra Psicología que aquella que se proponía lograr en el plano de lo psíquico (de lo humano), lo mismo que la Matemática había estado logrando ya en el plano de lo físico. A una Física matemática correspondería, pues, una Psíquica matemática. Esa fué la Psico-física, nombre revelador que se dió al primer intento. Y *secundo*: se pretendió además, abusivamente, que estos conocimientos de psíquica matemática constituyesen, por lo mismo, el auténtico saber del hombre a que la Psicología ha aspirado siempre.

Ni el hombre es nada de esto que la Psicología en plan científico nos ha venido diciendo o insinuando, ni ella misma es la única Psicología posible. Ni siquiera la fundamental y verdaderamente auténtica. Y son precisamente estas dos pretensiones indebidas las que invalidan su legitimidad. Sin ellas, ni siquiera se presentaría la cuestión. Pues esa Psicología es legítima como ciencia, aunque no lo sea como ciencia del

hombre. Ni ella consigue ofrecernos un saber del hombre, ni es éste su objeto propio. Simplemente, ella no se ocupa del hombre. Sí de algo que es humano, como también la Fisiología. Pero no del hombre.

Del hombre sabemos cuando sabemos de su vida. Y dudo que el conjunto entero de los resultados obtenidos por la Psicología científica en este siglo y pico que lleva de existencia, haya añadido una brizna de saber al saber del hombre que tuvieron San Agustín, Montaigne o Pascal, a pesar de que ninguno de ellos pudo tener en su vida el goce de saber cómo se miden los tiempos de reacción ni estudió los efectos de la fatiga en la presión arterial. Del hombre llegamos a alcanzar un saber psicológico cuando logramos responder a esas preguntas que Dilthey y Weininger formularon como tema de la futura Psicología: ¿Qué es ser hombre? ¿Qué es ser mujer? ¿Qué es la amistad? ¿Qué es la angustia y la soledad, y la vocación, y la esperanza, y el amor de Dios, y la blasfemia? ¿Qué es sentir la vida? ¿Qué es desear la muerte? ¿Qué es la temporalidad, y la atención; qué son la presencia y la ausencia?

Materiales para la contestación a estas preguntas, los hay en la obra de Weininger, y aun en las obras de otros que no vieron en ellas el camino para una revolución de la Psicología. Pero esta revolución ha estado detenida hasta nuestros días, y nadie la emprendió. Tal vez me exprese mal: tal vez algunos pensaron en una revolución. El Psicoanálisis eso fué, y eso fueron y son el Conductismo y la *Gestaltpsychologie*, con todos los indudables aciertos que estas diferentes escuelas presentan. Pero no se trata de esto; no se trata siquiera de una revolución, sino de una creación. Si admitimos que esas preguntas que acabamos de formular constituyen el tema de la Psicología, deberemos reconocer que ésta no ha existido nunca como tal.

Había existido la Psicología llamada metafísica, que es la tradicional, y que por ser Metafísica no es Psicología en sentido riguroso, pues no explica el modo como el hombre vive su vida. Esta Psicología metafísica estaría, en definitiva, con la auténtica, en la misma relación en que hoy está con ella la Filosofía existencial. Y en cuanto a una Psicología como la de Aristóteles, que tiene también sus fundamentos de índole metafísica, y cuyo peso en la tradición ha sido tan poderoso y duradero, creo que debiera ser más bien considerada como Psicología en plan científico, a pesar de todo, pues esto es lo que resulta del método en ella empleado y de la estructura del conocimiento que en ella descubrimos.

No otra cosa que Ciencia son, en rigor, los análisis psicológicos del tratado *Sobre el alma* y de los tratados *Sobre la sensación y lo sensible*, *Memoria y reminiscencia*, etc. Sólo que ellos se vienen llamando Filosofía porque esta distinción entre Filosofía y Ciencia es moderna y no griega.

En todo caso, podemos afirmar que una Psicología que adopte como misión propia el análisis, la descripción y la comprensión del modo como el hombre vive su vida, es algo que hasta nuestros días apenas se había siquiera intentado. Pues el intento no debe consistir solamente en adelantar análisis concretos de la índole indicada, sino en iniciar éstos sobre la base de una estructura articulada y rigurosa de conceptos que encuadren el campo de aquella vida humana que hay que comprender, y por ende el campo mismo de la Psicología.²

Weininger conocía muy bien su Ciencia. Se preparó con ella para contestar aquellas inquietantes preguntas que nacían en su interior. Pero tuvo que abandonarla a un lado para conseguirlo. Aunque repugne pensarlo, y aunque repugne mezclar el pathos personal en todo esto, tal vez resulte cierto que estas cuestiones humanas no pueden ser resueltas con la frialdad peculiar de la Ciencia, sino al calor de esa inquietud originaria. El hecho es que a Weininger no le cupo entonces otra posibilidad (aunque él no lo dice así), que la de analizar la experiencia concreta de su densa vida y de la ajena. Si su estilo resulta patético, como el de Unamuno y el de Nietzsche, esta es otra cuestión. En cuanto al instrumental, no requirió de otro sino de una llamada intuición, la cual nada tiene de común con aparatos ni con estadísticas.

De esta intuición hay mucho que hablar, así como del concepto de experiencia.³ Pero la cuestión es ahora fijar el sentido y el alcance de lo que ha hecho la Psicología en plan científico. Resulta que cuanto más científica es la Psicología, tanto más objetiva. Así, podríamos decir (sin promover el problema de la causalidad como tal), que hay en Psicología un plano ocupado por la explicación causal. La particular Psicología que ocupa este plano ofrece, de su objeto propio, descripciones objetivas, funcionales; atiende a lo constante, a lo indistinto, a lo cuantitativo en parte. A lo cualitativo también, en el mejor de los casos, y hasta donde

2 En este punto es menester reconocerle a Spranger todo el mérito que indudablemente tiene su obra.

3 Cf. en la obra: *Psicología de las situaciones vitales*, el cap. primero.

ello es posible, dada la abstracción que su método le impone. Luego existe en Psicología otro plano que podemos llamar el de la explicación situacional. En él, la Psicología prescinde de las relaciones causales, funcionales. Luego, no es Ciencia. Su misión es comprender inmediatamente la experiencia (como intuición concreta del sentido de lo vivido), describirla y organizar esta comprensión (si no, ya no sería un conocimiento riguroso), en una arquitectura de conceptos estructurales.

En el primer plano, se dice *lo que pasa*. En el segundo se dice *lo que nos pasa*. El primero implica necesariamente el auxilio de conocimientos científicos específicos: fisiología, endocrinología, psico-patología, etc. El segundo requiere necesariamente el apoyo de un conocimiento filosófico de lo humano, del cual se obtienen los fundamentales conceptos, que a mi entender son los de espacialidad y temporalidad. Luego vienen otros (situación, acción, expresión, atención, creación, etc.) que no hacen ahora al caso. En este segundo plano se alcanza la comprensión del modo como el hombre vive su vida y de su experiencia de ella, independientemente de toda explicación causal. El primero, en cambio, ofrece la descripción y explicación de los que podemos llamar mecanismos por los cuales aquella vida se produce, en conexión con un organismo — y sólo esto. Una explicación del hombre, un auténtico saber del hombre, sólo se logra en ese segundo plano de la explicación situacional. Y esto es, antes que todo, Psicología; la fundamental Psicología, a la que no se debe considerar como una Ciencia frustrada, ni como eso que se ha venido llamando Antropología filosófica, cosa que no es muchas veces sino un nombre con que se bautizaron los mediocres o valiosos resultados que iba dando la apetencia de una Psicología rigurosamente constituida sobre principios sólidos.

Tal vez un ejemplo permita una comprensión mejor de la distinción que establecemos entre el plano causal y el situacional. Y es oportuno, ya que comentamos el libro de Weininger, elegir el ejemplo del dominio de los fenómenos y experiencias sexuales. En este dominio ya no es una novedad considerar de una parte a lo sexual propiamente dicho, de la otra a lo que se llama lo erótico. Esta distinción responde a la realidad de los hechos, y es fundamental en Psicología. Entra dentro de la significación del término sexual lo fisiológico — instintivo. Dentro de lo erótico, en cambio, cabe lo que en términos tradicionales llamamos sentimientos y pasiones de índole amorosa.

Ahora bien: en el plano de la experiencia, las dos realidades son distintas. Si lo son o no en el plano causal, funcional, esto ya no le importa a la Psicología, que se ocupa de lo vivido como tal, sino a la Ciencia. En tanto que la conexión funcional entre lo sexual y lo erótico no sea objeto, contenido o materia de experiencia, ella no es propiamente psico-logía. El sujeto humano tiene o hace una experiencia de lo sexual, y esta experiencia no difiere en grado, sino en cualidad y naturaleza de la experiencia de lo erótico. La diversidad de ambas es, ciertamente, más marcada en unos sujetos que en otros. Esto depende, en cada caso, de la constitución somato-psíquica, de la estructura individual del carácter y de la índole de las experiencias concretas vividas por el sujeto, especialmente de las experiencias de *relación* sexual vividas por él en los años juveniles. Justamente durante la adolescencia es cuando suele estar más definida no sólo la diversidad, sino hasta la oposición entre ambas experiencias, especialmente en los varones.

La revelación de lo sexual se produce en el adolescente varonil como algo ajeno a sí propio, algo inauténtico, y ante lo cual siente la extrañeza de un espectador inquietado y vergonzoso. Este suele por lo menos ser el carácter dominante en la experiencia juvenil de lo sexual. Frente a ella, la experiencia de lo erótico ofrece el carácter de algo también ajeno a la propia voluntad, pero auténtico y personal, en cambio; es una experiencia positiva, revestida de los caracteres de lo ideal, de lo claro, limpio, puro y poético. Así es en muchos casos. Y la oposición entre ambas experiencias no la establecemos nosotros aquí: la establece el propio adolescente, para quien lo erótico constituye el refugio acogedor que se le ofrece en su evasión de lo sexual. El sentimiento de culpabilidad y pecado a que lo conduce muchas veces la experiencia de lo sexual (que hay que distinguir de la llamada "experiencia sexual"), se compensa con una acentuada idealización del objeto erótico; idealización en la que suelen implicarse elementos religiosos, así como en la experiencia religiosa se implican elementos eróticos.

Probablemente, esto no sólo le acontece al adolescente. Pero descubrimos que, por lo menos en él, lo erótico aparece como algo netamente diferenciado de lo sexual *en su experiencia*. Lo sexual y lo erótico ocupan, por decirlo así, zonas distintas dentro de lo que debemos llamar la masculinidad (otro problema es si ocurre lo propio en la femineidad: este fué el problema de Weininger). Las otras zonas distintas serían el tra-

bajo, el estudio, el deporte, la política, etc., de cada una de las cuales se tiene una peculiar experiencia. Pues bien: la Psicología situacional atiende a estas diversidades, de las que no puede hacerse siquiera cuestión la Psicología científica; el análisis de la experiencia conduce no sólo a la comprensión de dicha diversidad, sino a la determinación de las realidades transpersonales que constituyen la materia o el contenido de cada experiencia. Pero la Psicología situacional no se ocupa de la conexión funcional (causal) que pueda existir entre estas diversas experiencias, a través de factores no estrictamente psicológicos. Así, en el ejemplo, la Ciencia y la Psicología en plan científico podrán probarnos que existe esta conexión entre lo sexual y lo erótico; podrán llegar al intento de probarnos que el amor puede reducirse a una fórmula bioquímica; nos dirán que lo erótico es también sexual. Este asesinato de la vida, en lo que ella tiene de auténticamente humana, no nos importa ahora. Hasta puede que sea cierto. Ni siquiera vamos a discutirlo. Lo que importa es que no se diga que esto es *la verdad* y esta la interpretación de la vida humana. Vamos a aceptar como cierto desde luego todo lo que la Ciencia nos diga de científico, pero no vamos a tolerar las falsedades filosóficas que nos proponga. No se trata de enmendar, desde fuera de ella, las conclusiones a que la Ciencia pueda llegar. Por ejemplo, puede llegar la Psicología en plan científico (la de Freud así lo ha hecho) a afirmar que no sólo existe aquella conexión de orden causal entre lo sexual y lo erótico, sino que además existe entre lo sexual y aquellas otras zonas de la actividad humana a las que aplicamos el nombre global de masculinidad (o el de feminidad, en su caso). Y aunque algunas de estas afirmaciones puedan ya tal vez ser discutidas desde nuestro propio campo, no importa tampoco hacerlo en este caso. Lo que importa decisivamente es hacer ver que la Psicología situacional puede prescindir, y debe, de toda suerte de explicaciones funcionales-causales, que son menester de la Ciencia, y atender por sí sola y exclusivamente a lo que se da en la experiencia y al modo como se da en ella concretamente: al modo como el sujeto vive su vida y a las situaciones en que ésta se constituye y organiza. En el caso del ejemplo, la relación funcional entre lo fisiológico-instintivo y el amor no es problema, ni tan sólo cuestión, para la Psicología situacional. Y así, de parecida manera, en todos los demás aspectos vitales del sujeto, pues éste del sexo constituye

nada más un ejemplo, aunque suficientemente claro para deslindar los campos.

Espero, por lo menos, que esta claridad haya sido suficiente. Pues el ejemplo de que me he servido presenta unas determinadas experiencias (la de lo sexual y la de lo erótico) cuya mutua conexión funcional ha sido justamente objeto de reiterado estudio y comprobación por parte de la Psicología científica. Ante otras experiencias, de índole diferente, lo mismo la Ciencia que la Psicología en plan científico han debido simplemente enmudecer. Nadie creo que pueda explicar científicamente (causalmente) qué es la experiencia de extrañeza o la situación de soledad. Sin embargo, este es el objeto de la Psicología de las situaciones vitales. En otros términos: el científico podrá ilustrarnos, por ejemplo, con el descubrimiento de que el llamado por él sentimiento de soledad es un rasgo tipológico de los esquizotímicos. Pero si le preguntan a él qué es la soledad, que se guarde de darnos una respuesta en la que intervenga el concepto de esquizotimia. Lo que la soledad sea, podrá explicárnoslo aquel que, aun ignorando los elementos de la tipología contemporánea, haya analizado metódica y rigurosamente esta situación vital y su personal experiencia de ella.

En suma: el conocimiento auténtico del hombre, en el plano psicológico, debe guiarse por la categoría de la comprensión; la comprensión sólo se alcanza por el análisis de la experiencia; y esta experiencia se encuadra en situaciones vitales. Por tanto, sólo la Psicología situacional puede aspirar legítimamente a un auténtico saber del hombre como tal. La Psicología en plan científico podrá aportar, en cambio, valiosos conocimientos sobre algo que ciertamente es humano, porque pertenece al hombre, pero no logrará nunca explicar lo que el hombre es. La categoría de la comprensión no es operante en la Ciencia. Por esta razón se explica que de la Ciencia psicológica haya pronto nacido una técnica; es decir: se haya buscado la utilidad práctica a ese saber psicológico, como se le buscó a la Ciencia física. Pero así como la Naturaleza ha tolerado este tratamiento que le dió el hombre moderno, el hombre a su vez no ha tolerado bien que se le convirtiese a él mismo en *objeto* técnico. La naturaleza puede haberse desnaturalizado estética, pero no ónticamente, mientras que el hombre sí. El hombre ha sido desnaturalizado estética y ónticamente. Y la gravedad del resultado está a la vista.

Finalmente, conviene que añadamos algo con el propósito de despejar cualquier equívoco que pudiera producirse y que tal vez se haya producido ya en torno a la Psicología situacional. Y es esto: es indebido conectar esta Psicología con ninguna doctrina o corriente de pensamiento *vitalista*. Quien así lo hiciese, denotaría no haber alcanzado a comprender su sentido. La idea de una Psicología situacional ha surgido de un abordaje directo y sin prejuicios de estas peculiares realidades que llamamos psicológicas, de un enfoque psicológico de la vida humana; y además, de una reflexión sobre los problemas que tiene planteados la Psicología en plan científico y los que plantea su fundamental limitación. En cuanto al hecho de que las situaciones sean llamadas vitales, tampoco debe inducir a error. Llámolas así, en primer lugar, porque en ellas y por ellas se organiza la vida humana, y conviene entender que no es la vida en sentido biológico, sino la humana en lo que ella tiene de peculiar y único. En segundo lugar, era menester no inducir a confusión entre la situación vital y lo que por situación entiende el Conductismo, o lo que entiende actualmente entre otras la Escuela de Chicago, que está llevando al Conductismo hacia metas nuevas, pero partiendo de la misma base y con el mismo método objetivo. La situación no sólo es el dispositivo objetivo inmediato, la circunstancia material estimulante. En la situación se integra lo vivido, y se parte de lo vivido para determinarla. Por esto es vital. Y naturalmente, esto tampoco tiene gran cosa que ver con el raciovitalismo de Ortega, del que, en última verdad, somos muchos los que sólo tenemos referencias verbales indirectas. Menos aún tiene que ver con los radicales antirracionalismos de los alemanes.

Por lo demás, y sea cual fuere la suerte que le esté reservada, la Psicología de las situaciones vitales no ha vinculado la suya a la de ninguna escuela filosófica. Es patente, desde luego, que no tiene mucho sentido calificar de *vitalista* a una Psicología. Y en cuanto a mi personal preferencia se refiere, dudo que siquiera fuese conveniente y de buen gusto pensar, en Filosofía y en Psicología, por *ismos* o desde ningún *ismo* cualquiera. El dogmatismo, cuanto más fanáticamente se acentúa, mejor revela el afán de disimular la incapacidad de pensar por cuenta propia, modesta y honestamente, pero por cuenta propia y con la propia responsabilidad. Y siempre trae, además, el hábito de resolver en un *ismo* nuevo, improvisado, banal y cómodo, cualquier doctrina que no sea la propia, lo cual, si bien no es digno de una auténtica actitud

filosófica, permite ahorrarse la pena de volver a pensar lo que piensan los demás.

Si alguna conexión existe entre la base filosófica de la Psicología de las situaciones y esta nueva Filosofía que se llama existencial, ella debe buscarse por el lado del análisis de la temporalidad. Y esto, sin duda, no es cosa que pueda ser resuelta superficialmente. Sin embargo, la conexión más directa, en relación con la Psicología, podría encontrarse mejor por el lado del análisis bergsoniano de la experiencia temporal y espacial. Por lo demás, pienso que la Psicología debe insistir en un punto que la Filosofía existencial no parece haber destacado con el suficiente realce, o con ninguno, y es el de la espacialidad, dato también inmediato de toda experiencia, como la temporalidad, y vinculado además a esta última indisolublemente. La vida no sólo se organiza y estructura temporalmente, sino también espacialmente. La temporalidad de la existencia humana, de la que ha surgido el llamado historicismo, no se alcanza a comprender sino en una implicación con la espacialidad. El análisis de ésta, además, y sólo él, permite integrar *en bloque* al cuerpo humano en la realidad de la existencia. Esta existencia es temporal e histórica; se da siempre en un *ahora* que es proyección al futuro. Pero se da también siempre en un *aquí*, sin el cual no se explica el *ahora* ni se explica la proyección.⁴

No todo son facilidades, sin embargo, ni todo claridades. La propia obra de Weininger, penetrante como es, y a pesar de haberse anticipado más de treinta años a los puntos de vista antes expuestos, suscita aún hoy dificultades graves. La fundamental estriba en las diferencias psicológicas que descubre entre el hombre y la mujer, de las cuales, aun cuando no se admitan todas y se corrijan algunas, y aun cuando no se pase a sus tremendas consecuencias metafísicas, sí debe inferirse que no puede haber una Psicología unitaria, válida igualmente para la mujer y el hombre en toda situación. Y se comprende que este problema de su unidad se envuelve en el problema mismo de la esencia de la Psicología.

En su entraña última, esta consecuencia no es nueva para la Psicología. Sin necesidad de haber atacado a fondo sus problemas, muchos psicólogos se han percatado ya de que la llamada Psicología general resulta ser, en realidad, siempre una Psicología cargada de determinaciones que la especifican. El propio Aloys Müller, quien no peca de revolucionario

4 Cf. op. cit., cap. primero.

en exceso, enumera una serie de ellas al dar su "ojeada sobre el dominio total de la Psicología", y antes de proceder a hacerla en plan general.⁵ Pero no sé si nadie se ha detenido a pensar en el sentido de esta serie de determinaciones que limitan el campo de toda Psicología que se intente en ese plan. Pues no dudo que este estudio hubiese originado una evidencia sorprendente, a saber: que cuanto más general es una Psicología, tanto más neutra resulta ella, y anónimo resulta el ente a quien se aplique. Mientras que cuanto más cargada de determinaciones, tanto más concreta y más auténtica. Y digo auténtica, pues no se trata sólo ahora del conocido proceso lógico de relación inversa entre la extensión y el contenido: a mayor generalidad, menor determinación, e inversamente. La cuestión que aquí se implica no es puramente formal, sino radical cuestión de legitimidad y validez. Hay que saber, en efecto, si puede aspirar a alguna esa Psicología general e indeterminada (o determinada sólo como Psicología del hombre). Y por el otro extremo, hay que saber también si puede tenerla una Psicología que pretenda determinar su objeto tan particularmente y con tal concreción, que alcance en ella hasta el grado límite que es la individualidad.

Pues bien; la disyuntiva, después de lo dicho, es esta: o hay Ciencia de lo individual, y erró Aristóteles, o hay ciertas realidades a las que repugnan las fórmulas generales, y a las que conviene un saber no científico. Creo que el propio Aristóteles llegó a pensar que a lo humano conviene ese saber no geométrico ni unívoco, sino que atiende "al más y al menos"; y que esta es la más plausible interpretación de su *Ética a Nicómaco*.

Pero hay más. Si proseguimos el examen de aquellas determinaciones de su campo que toda Psicología debe fijar de antemano, reconocemos en ellas la confesión implícita de una peculiar idea del hombre, y ésta es la que conviene traer a luz. Si el hombre fuese un ente homogéneo, igual, indistinto, inalterable, un ente natural o físico, en suma, no sería menester que se aclarase, al estudiarlo psicológicamente, que se trata de adultos o adolescentes, de varones o mujeres, de primitivos o civilizados, de orientales u occidentales. Cuando la Psicología procede con rigor, estas diferencias las establece de una manera precisa. De lo cual resulta necesariamente una multiplicidad de Psicologías distintas. Contra esta diversificación proponemos justamente una definitiva unificación de

⁵ Müller, *Psicología*, trad. de J. Gaos. Rev. de Occidente, pág. 25.

la Psicología, fundada en una idea del hombre que incluya todas las posibles y diversas situaciones fundamentales en que se pueda encontrar. En cuanto se conciba, en efecto, al hombre como un ente histórico, se estará en camino de unificar el método para la comprensión de sus diversas situaciones históricas. Y el mismo método servirá, además, para alcanzar la comprensión de otras diferencias ya no históricas, sino entitativas, como la del sexo.

Pero en vez de proceder de este modo, se ha querido progresar por el camino de la Psicología llamada diferencial; y el progreso de ésta ha sido tan caudaloso que ha logrado invadir el campo, quieran que no, de los que piensan seguir haciendo Psicología general. Ambos andaban sólo de acuerdo en su fundamental error; y así, mientras la Psicología diferencial no ha encontrado todavía "el hilo conductor" para guiarse en medio de tantas diferenciaciones que amenazaban llevar a la Ciencia hasta el límite no científico de la individualidad, la Psicología general, por su parte, dejaba ya de serlo en realidad, al absorber a tal grado en su principio las determinaciones diferenciales. Y este es otro drama interno de la Psicología en plan científico. La gravedad del drama consiste en que no tiene solución en este plan. En otros términos: la Psicología diferencial debe acentuar las diferencias, para cumplir con su objeto, y alejarse al mismo tiempo de lo individual a que ellas conducen, porque de lo individual no hay ciencia. Por su parte, la Psicología general debe serlo del hombre a secas, indeterminadamente, pero es inevitable que incluya, si quiere ser rigurosa, numerosas determinaciones diferenciales de su objeto; y así, la Psicología que quiere ser general es una Psicología: 1, del hombre como tal; 2, del varón; 3, del adulto; 4, civilizado; 5, de capacidad media; 6, contemporáneo; 7, del mundo occidental, etc., etc.

¿Cuál puede ser la solución de este drama? No creo que resulte difícil encontrarla, si se tiene el denuedo de llevarlo a un teatro distinto. En el campo de la Psicología de las situaciones se organizan en la unidad del principio todas las diferencias entitativas e histórico-espaciales del hombre; y en la unidad vital del sujeto se funden asimismo todas las variaciones de su existencia individual. Y esto es así, porque se conciben justamente como situaciones vitales todas las especificaciones de la Psicología general y todas las diferenciaciones que descubre la diferencial. Ser varón es una situación vital. Vivir en un lugar y época, es una situación vital. Ser adolescente o adulto, son situaciones vitales

distintas, lo mismo que ser griego pagano o cristiano medieval; lo mismo que ser soltero o casado o monje; que ser sano o enfermo, talentoso o incapaz.

El problema en este campo pudiera consistir en la manera de articular y organizar la tremenda maraña de situaciones de que se componen una vida individual y todas las vidas de los humanos. Urge, pues, desvanecer o aminorar la suspicacia de quienes pudieran pensar que esta Psicología tiene que resolverse en definitiva en una serie enumerativa de biografías individuales. Pero el afán de comprensión concreta no conduce necesariamente a esto. Esta Psicología permite la comprensión biográfica, no es biografía. Aspira a conocer al hombre real que está enfrente, con todo su misterio puesto a flor de piel; pero no relata las incidencias de su vida toda. Pues a esta vida, en lo que ella tiene de humano, nos vamos aproximando a través de sucesivas etapas o zonas, guiados con seguridad por un "hilo conductor" que nos la va revelando. Y este recorrido se puede resumir así:

La comprensión de un hombre se funda en la comprensión de lo humano. (Esto vale tanto como decir que la Psicología se funda en la Filosofía.) Por ser hombre, todo hombre se encuentra en unas situaciones que llamo fundamentales y que son originarias y constitutivas de lo humano como tal. Por ejemplo, el ser un ente espacio-temporal, el vivir atencionalmente, el ser limitado y libre, el tener la capacidad de espiritualizar su propia vida. Pero este hombre, por ser además un ente individual, se encuentra en otras situaciones también fundamentales y originarias que constituyen la base (destino) de su individualidad, su posibilidad y su limitación en tanto que individuo. Por ejemplo: su sexo, su nacionalidad, su herencia cultural y biológica. Finalmente, todo hombre, como ente individual humano que vive su propia vida, entra en el curso de ésta en otras situaciones fundamentales que ya no son, por lo tanto, originarias, pero que asimismo fundan su vida, a partir de una cierta etapa de ella. Por ejemplo la profesión, o el llamado estado civil, o la expatriación, o la conversión religiosa.

La vida concreta del ente individual va quedando progresivamente aprisionada dentro de estas sucesivas determinaciones situacionales. El paso de las situaciones fundamentales a las que no lo son, no presenta ya dificultades de método. Y de esta suerte se integran en la comprensión psicológica unitaria no sólo las más peculiares concreciones de la existen-

cia, sino además todo lo que la Ciencia y la Psicología en plan científico puedan aportar de valioso al conocimiento del hombre, lo cual quedará irremediablemente trunco en su propio campo, y sólo en el nuestro alcanzará plenitud de sentido.

Un ejemplo puede apoyar la anterior afirmación. Puede servirnos el recuerdo, considerado como una función psíquica. La Psicología general y científica se compromete, por serlo, a estudiar el recuerdo de una manera neutra e indistinta. Haciéndolo así, analiza y enumera las distintas fases por las que pasa dicho proceso, sin referirlas a ningún sujeto determinado o grupo de sujetos, pues esta es la tarea de la Psicología diferencial. Y no es negable el valor de lo que la una y la otra pueden enseñarnos al respecto. Pero el verdadero conocimiento psicológico sólo se obtiene cuando se sabe la conexión existente entre este proceso objetivo, funcionalmente descrito y estudiado, y los contenidos concretos de este proceso.⁶ Que el recuerdo lo es siempre *de algo*, nadie lo niega. Pero sí parecen muchos olvidar que no se alcanza comprensión alguna de lo que el recuerdo es, sin tener en cuenta este *algo*. Olvidan que no es lo mismo recordar un número que recordar un rostro o una experiencia, no importa cuán semejantes sean *mecánicamente* estos distintos procesos. Quienes así descuidan lo esencial, no han llegado a entrever la función vital de la memoria. Para ellos fué superfluo que Weininger dijera: "El conocimiento de la naturaleza y el carácter de un ser se facilita teniendo en cuenta lo que el sujeto jamás olvida y lo que es incapaz de recordar" (pág. 168). "El hecho de que un hombre tenga o no relación con su pasado se halla íntimamente ligado a la necesidad de la inmortalidad o a su indiferencia ante la muerte" (pág. 171). "En el sentirse y verse en las épocas pasadas yace un poderoso fundamento de querer verse y sentirse en las futuras" (pág. 172). "El hombre es el único entre todos los seres vivos que tiene historia" (pág. 183). "La memoria da lugar a que los acontecimientos no estén sujetos al tiempo, y en este sentido triunfa sobre el tiempo. Un hombre puede recordar su pasado debido a que ha libertado los acontecimientos, que en la naturaleza son siempre función del tiempo, del influjo de éste, y los ha fijado en el espíritu" (pág. 176).

No es aquí cuestión de comentar las consecuencias filosóficas que Weininger obtiene de su estudio de la memoria, sino de mostrar el modo

6 Cf. *Psicología de las situaciones vitales*, cap. primero, pág. 5.

como lo lleva a cabo. "En esta ocasión —dice— deseo aún hacer resaltar la falsedad de las doctrinas de la Psicología actual, para la cual el hombre no es otra cosa que un aparato registrador perfeccionado. . . El nombre de *biografía teórica* limitará mejor que hasta ahora los confines con la Filosofía y la Fisiología. . . La Psicología debería empezar a transformarse en biografía teórica. . . Sería erróneo dudar de esta posibilidad solamente por el hecho de que la Psicología actual, que 'todavía no ha comprendido ni su propia tarea ni su propio fin', es absolutamente impotente para ofrecer la más mínima ayuda a la ciencia del espíritu" (págs. 174 y 175). Weininger recoge claramente aquí la indicación capital de Dilthey: el estudio de la vida humana es biografía y no biología.

Esta indicación es lo que importa. Y en el caso del ejemplo (que también es capital, y por esto lo puse), lo que importa no es tanto saber que hay una función psíquica que se llama recuerdo, como hay otras que se llaman imaginación, atención, etc.; sino saber algo de la conexión vital que existe entre todas ellas, y de la diferente estructura o dispositivo que adoptan, dentro del conjunto unitario de la vida psíquica, en cada situación determinada. Pues es un hecho desapercibido y evidente que en una situación determinada la capacidad de recuerdo de un sujeto puede pasar a un segundo plano o a un tercero, cuando ocupan el primero, por ejemplo, su atención y su emotividad. El verdadero interés psicológico del estudio de las funciones se cifra, pues, en el conocimiento de su *modo concreto de funcionar*, y del dispositivo que van adoptando en la estructura mental determinada por la situación. No en el estudio de su puro *mecanismo funcional*.

De todo lo cual resulta, con firmeza decisiva, la necesidad de esta nueva Psicología que Weininger empezó a elaborar, frente a la científica. Y ante esta necesidad pierde importancia el problema de su clasificación. Engorrosa cuestión que ahora no urge. Pues lo que sí parece estar urgiendo todavía es destruir el terrorismo que pretende liquidar como divagaciones, cualesquier conocimientos del hombre que no se pertrechen con cifras e instrumentos. Si se logra de verdad que nazca una Psicología situacional, ya llegará el momento de que los demás la bauticen con el nombre de Ciencia humana o con otro cualquiera. Pero lo primero es que nazca.

E. NICOL